Parece ser que estuvo limitada á la simple copia de los cuadros y esculturas que por entónces se traian de España, Italia y Flandes. El estudio del modelo natural, y sobre todo la composicion original, que es el ápice del arte, no es verosímil que entrasen en los primeros ensayos que aquí se hicieron, y que seguirian la ley á que se sujetan los principios de todas las cosas humanas. Sin embargo, aprovechando la facilidad de imitar, que á falta de talento de invencion, es comun en las razas indígenas; haciéndoles notar las incorrecciones de dibujo en que ántes caian, y ministrándoles los instrumentos y los procederes del arte europeo, se logró á poco que muchos de ellos adquirieran soltura y acierto en la copia, y empezaron á cubrir con sus obras la necesidad que habia de cuadros y estatuas, ya por la multitud de templos que en todas partes se levantaban, ya por el método de catequizacion que con los indios se usó.

Pesado.

Bien veo á qué aludes en lo último que acabas de decir. Una parte de la enseñanza, especialmente en lo que mira á la historia sagrada, se les dió presentándoles los hechos en pintura, que un predicador explicaba desde el púlpito, señalando los personajes con una vara, como se ve en la estampa que sirve de portada á la obra de Torquemada. Tambien se les hacian representar dramáticamente los sucesos, ya por medio de hombres vivos, ya con santos de talla, de lo cual quedan vestigios en las funciones de la Semana Mayor, que se hacen en los pueblos. Casi todos los misterios cristianos se les enseñaron de esta manera, pues no se encontró otra más

pronta para doctrinar á gentes rudas, que no sabian leer, y á quienes era preciso meter las cosas por los ojos. Pero ese método de catequizar exigia la produccion de mayor número de obras artísticas, y debió contribuir á que la pintura y escultura tomaran desde temprano mucho vuelo.

Clavé.

Reducido al principio el arte á la simple copia, aunque se produjeran bastantes obras, no podia hacer adelantos de importancia en sus partes esenciales; el dibujo y la composicion. Fuera de que yo me figuro que al principio no vendrian á las Américas cuadros y modelos de primera clase.

Couto.

Alguna muestra de lo que venia, se ha conservado hasta nuestro tiempo, y por ahí puede juzgarse. El Santo Cristo de bulto que está en el retablo principal de la capilla que llaman de reliquias en Catedral, contigua á la sacristía, fué un presente de Cárlos V á la Iglesia metropolitana.[16]

Clavé.

Decia yo que no vendrian en los primeros tiempos obras muy importantes, porque en España misma empezaba entónces á introducirse el arte que ha prevalecido en los tres últimos siglos. Alonso Berruguete, discípulo de Miguel Angel, volviendo de Italia, nos traia los pri-

meros destellos de la escuela llamada del Renacimiento, cabalmente á la sazon que Hernan Cortés guerreaba en México por conquistar este imperio. Creció luego aquella luz en manos de su discípulo Gaspar Becerra, pintor, escultor y arquitecto, que fué como Berruguete á estudiar en Italia. Tras él porcion de españoles volaron á la culta península, y de regreso á la patria esparcieron entre nosotros la doctrina que allí habian cogido. Así lo hicieron el mudo Navarrete, Vicente Joannes, el célebre Pablo de Céspedes, Francisco Ribalta, Pedro de Villegas, mi paisano el catalan Mingot, y otros. Además, algunos artistas extranjeros de alto mérito, como el Ticiano, vinieron á trabajar en España, atraidos de la régia munificencia de Cárlos V y Felipe II. De esa manera se formó dentro del siglo XVI la esclarecida escuela española que en el siguiente tuvo hombres como Velázquez, Murillo y Rivera, y de la cual procede y es una rama esta de México.[17]

Couto.

Lo que es el arte de copiar, ó sea reproducir fielmente en la obra que se hace, la obra que se toma por dechado, parece cierto que habia adelantado bastante en manos de los alumnos mexicanos de aquella época. Torquemada asegura que si bien en tiempo de la gentilidad no sabian hacer hombres hermosos, despues que fueron cristianos y vieron los cuadros que se traian de Europa, no habia retablo ni imágen por prima que fuese, que no la retrataran y contrahicieran.[18] Lo mismo habia escrito el padre Motolinía.[19] Y nuestro buen Bernal Diaz del Castillo no sólo dice que los lapidarios y pintores que

aquí se iban formando, eran muy extremados oficiales, sino que segun se le significaba, á su juicio, ni aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apéles, ni los de su tiempo, que se decian Berruguete y Micael Angelo, ni otro moderno, natural de Burgos, que se decia que era otro Apéles y tenia gran fama, harian con sus muy sutiles pinceles las obras que ejecutaban tres indios mexicanos, grandes maestros del oficio, llamados Andrés de Aquino, Juan de la Cruz y el Crespillo.[20] Estos son los primeros nombres propios que conocemos de artistas nacionales. Muy posible es que si en Europa se hubiesen visto sus obras, los pintores y aficionados no hubieran juzgado como el amable y valiente historiógrafo de la conquista, el cual probablemente era persona más entendida en pasos de armas que en negocio de bellas artes. Sin embargo, por mucho que se cercene de su juicio, así como del de los misioneros, pienso que queda siempre lo bastante para que creamos que algunos de nuestros paisanos eran, á lo ménos, regulares copistas.

Clavé.

Pero todavía eso no es el arte; es apénas el principio de su aprendizaje.

Couto.

Mas ántes de acabar el siglo XVI se habia ya aquí salido de la estrechez de la copia, y empezádose á practicar la pintura en su propia extension. Ustedes me preguntaban ántes si queda noticia del primer maestro es-

pañol venido á México. La única que he encontrado en testimonios antiguos, es la que nos da el pintor D. José de Ibarra, que parece haber conservado las tradiciones históricas de su arte. Escribiendo á D. Miguel Cabrera, su amigo, le dice que con anterioridad á Echave, Arteaga, los Juárez, Becerra, etc., es decir, ántes de los artistas del siglo XVII, pasó á este Reino Alonso Vázquez, insigne pintor europeo, quien introdujo buena doctrina, que siguieron Juan de Rua y otros.[21] Por D. Cárlos de Sigüenza y Góngora sabemos que las pinturas del altar mayor de la capilla de la Universidad, dedicada á Santa Catarina Mártir, eran de mano del "excelentísimo pintor Alonso Vázquez;" que fueron su última obra; y que con ellas hizo un presente á la Universidad el Virey Marqués de Montesclaros, quien gobernó desde 1603 hasta 1607.[22] Si el Virey mismo las habia mandado hacer, entónces Vázquez coexistió en sus últimos años con Baltasar de Echave todavía jóven. Aquellas obras han desaparecido; y yo hasta ahora no he logrado ver ningun otro cuadro que lleve el nombre de nuestro primer pintor, ni el de su discípulo Rua. Tampoco he visto nada de Andrés de Concha, celebradísimo de sus contemporáneos, entre otros de Bernardo de Valbuena en la Grandeza mexicana. Consta que hizo las pinturas del túmulo erigido por la Inquisicion para las exequias de Felipe II en 1599, y el retablo que poco ántes se habia puesto en San Agustin,[23] y que si estuvo en la antigua iglesia, probablemente pereceria en el incendio de la noche del 11 de Diciembre de 1676. Mas para juzgar en globo como Ibarra, Valbuena y los demas, quiero decir, para creer que hubo ya en el siglo XVI pintores bien aleccionados en México, me basta un hecho; el punto en que al romper el siglo siguiente encuentro la pintura en manos de Baltasar de Echave. Y como al mismo tiempo que él, florecian aquí otros pintores de mérito, tenemos ya en esa época, es decir, de 1600 para adelante, una escuela formada, la cual forzosamente ha de haber tenido sus precedentes naturales. Para llegar adonde aquellos hombres estaban, ha debido ántes trabajarse mucho.

Pesado.

No puede causar extrañeza que la pintura hubiese andado largo camino en el tiempo corrido desde la conquista hasta 1600, porque en todas las artes y en todas las cosas sucedió lo mismo. Paréceme que nosotros ni estudiamos ni apreciamos cual debiéramos aquel período clásico de nuestra historia, que fué en el que se formó la nacion á que pertenecemos. Es necesario recordar que lo que se llamó imperio mexicano, corria poca tierra desde la capital hácia el Norte y Poniente; es decir, hácia las fértiles, ricas y dilatadas regiones que componen la mejor porcion de nuestro territorio. Túxpam en el litoral del Golfo, Tulancingo y Tula en la tierra de acá, formaban la barrera que lo ceñia por la banda del Norte; hácia Poniente, partia términos en Tajimaroa con el pequeño reino de Michoacan; y sobre la costa del Pacífico no avanzaba más allá de Colima.[24] Dentro de estos lindes estaba encerrado lo que podia llamarse civilizacion indiana: en todo el resto del país vagaban tribus bárbaras, *sin gusto de humanidad*, al decir del cronista Herrera, parecidas á los salvajes que talan ahora nuestra frontera; gentes sin artes, sin gobierno, sin som-

bra de cultura, tal vez hasta sin domicilios fijos. La bizarra entrada que con un puñado de hombres hizo Cortés en 1521, que es lo que nosotros acostumbramos llamar la conquista, y forma sin disputa uno de los hechos más señalados de la historia del mundo, produjo el efecto de dar en tierra con el poderío de los emperadores de México, y de los régulos sus aliados y tributarios, sometiendo los distritos que regian ó tiranizaban, al mando militar de la raza conquistadora. Pero esa entrada no podia ella misma hacer la civilizacion de la tierra. A la toma de la ciudad de México siguió inmediatamente un período de nueve años de iniquidad, desconcierto y anarquía, en que no se obró sino el mal. Mas contando desde la venida de la segunda Audiencia en 1530, y particularmente desde el establecimiento del vireinato, las cosas fueron por otro camino; trabajóse con tino, con justicia y con rara diligencia; y en los setenta años que pasaron hasta cerrarse el siglo, se hizo tanto, que de verdad causa admiracion, en especial cuando se considera que el gobierno y el pueblo de la metrópoli tenian que obrar al mismo tiempo en casi toda la extension del continente americano, y que era aquella la época en que en Europa pesaba sobre España la suma de todas las cosas en política, en religion y en guerras. Nuestras fronteras se avanzaron hasta los Departamentos de Coahuila, Nuevo Leon, Nuevo México, Durango y Sinaloa. Los salvajes que aún habia dentro y fuera de ellas, si bien causaban harto mal á las propiedades particulares, no podian ya inspirar temor á la autoridad establecida, la cual de verdad era señora de la tierra, y la tenia organizada segun el plan que se propuso. El suelo se habia repartido en dominios privados; habíanse trai-

do de Europa, de África y de las islas, las semillas, las plantas, los animales que faltaban; con estos auxilios la nueva agricultura solicitaba y explotaba la feracidad de nuestra tierra. Se habian enseñado al pueblo las artes de la vida civil, y establecídose con regularidad el comercio de Europa por Veracruz, y el de la China por los puertos del Pacífico. Nuestras grandes poblaciones, Oaxaca, Mérida, Campeche, Veracruz, Puebla, Querétaro, Valladolid, Guadalajara, Culiacan, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, deben su primer orígen á ese período, durante el cual se las sacó de planta, y llegaron ya algunas á bastante altura. La minería, bajo cuya sombra se creó todo entre nosotros, no sólo estaba plantificada, sino que habia adquirido gran desarrollo en una zona tan extensa como la que corre desde Culiacan hasta Tasco y Pachuca, que fué donde Bartolomé de Medina inventó en 1557 el beneficio de metales por azogue en grandes patios; invento de inmensas consecuencias en el arte minera y que hoy mismo no es todavía reemplazado por otro mejor. La capital se habia renovado en su mayor parte, y era ya la primera ciudad del Nuevo Mundo; emporio del tráfico que por ambos mares se hacia, centro de los negocios, foco de ilustracion y de ciencia para todo el país. Existia en ella la Universidad, primera escuela de enseñanza general en el Reino, dirigida por Maestros tan hábiles como Cervantes Salazar en las humanidades, y el padre Veracruz en ciencias sagradas. Habia además otros tres colegios para la juventud estudiosa. La imprenta, de la que México fué cuna en las Américas, trabajaba desde 1536; y para fin del siglo habia habido siete ú ocho impresores, de los cuales nos quedan cerca de cien edicio-

nes conocidas.[25] La animacion en las letras no debia ser corta, cuando en uno de los certámenes poéticos que por entónces hubo, se presentaron hasta trescientos autores, aspirando al premio.[26] Yo bien sé que no habria en México trescientos poetas que mereciesen tal nombre; pero siempre será cierto que habia ese número de personas que cultivaban la poesía, y se ocupaban en ella. México, bajo todos aspectos, era para aquellos tiempos una ciudad animada, lujosa, galana, que daba golpe á quien llegaba á verla, y que merecia que un contemporáneo, uno de los que descollaban en esas justas poéticas, la dirigiera en 1603 este saludo:

«Oh ciudad bella, pueblo cortesano,
Primor del mundo, traza peregrina,
Grandeza ilustre, lustre soberano,

Fénix de galas, de riquezas mina,
Museo de ciencias, y de ingenios fuente,
Jardin de Vénus, dulce golosina,

Del placer madre, piélago de gente,
De joyas cofre, erario de tesoro,
Flor de ciudades, gloria del Poniente,

De amor el centro, de las musas coro,
De honor el reino, de virtud la esfera,
De honrados patria, de avarientos oro,

Cielo de ricos, rica primavera,
Pueblo de nobles, consistorio justo,
Grave Senado, discrecion entera,

Templo de la beldad, alma del gusto,
Indias del mundo, cielo de la tierra!
Todo esto es sombra tuya, ¡oh pueblo augusto!
Y si hay más que esto, aun más en tí se encierra.»[27]

Couto.

Galan por extremo se portaba Bernardo de Valbuena, cuando en su gentil aunque desarreglada poesía requebraba á México de esa manera. Pero volviendo á nuestro asunto de la pintura, al amanecer del siglo XVII la encontramos con el vigor y lozanía que se nota en los cuadros que hay aquí de Baltasar de Echave el viejo, ó sea el primero.....

Pesado.

¿Por qué le das esos nombres?

Couto.

Porque así le llamaron nuestros antiguos escritores,[28] sin duda para distinguirlo de otro pintor del mismo nombre, que existió despues, y de quien más adelante te enseñaré alguna cosa. Estos dos cuadros del viejo, que representan la Visitacion de Santa Isabel, y una aparicion del Salvador y la Vírgen á San Francisco, pertenecian al retablo del altar mayor de la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Torquemada cuenta que el altar se concluia y estrenaba á la sazon que él escribia en 1609, y que la obra de pincel habia sido hecha *por un español vizcayno llamado Baltasar de Echave, único en su arte.*[29] De manera que se le consideraba entónces el primer pintor de México. En el retablo, monumento histórico de bastante interes para formar idea de la escultura, la talla y la arquitectura monumental del siglo XVII en-

tre nosotros, pintó en tabla catorce cuadros, de los cuales cedieron los padres á la Academia estos dos, que se han reemplazado con copias fieles, colocadas en los sitios mismos que los originales ocupaban.

Pesado.

Buenas pinturas ahora que las veo atentamente. Esta Vírgen de la Visitacion, en el acto de ser recibida por su prima Isabel, es una figura noble, hermosa y radiante con la luz del cielo, que parece que se la oye improvisar el glorioso *Magnificat*. Y Santa Isabel no es una vieja puesta en el cuadro solamente para dar realce á la figura principal, como suelen hacerlo los pintores en tales casos. Si bien por la edad forma cierto contraste con la Vírgen, es, sin embargo, una matrona que no queda desairada al lado de la visita.

Clavé.

Yo, sin embargo, quiero dar la preferencia á esotra Vírgen del cuadro de la aparicion de San Francisco. Buena es la persona del Salvador que está á su izquierda; pero la Vírgen es tan modesta, tan acabada, que aun tiene para mí cierto sabor de escuela rafaelesca.

Pesado.

¿Y estos dos cuadros de la Adoracion de Reyes, y la Oracion del Huerto?

Couto.

Son del mismo Echave: ahí tienes su firma en el primero. Nos los cedieron los padres del Oratorio de San Felipe Neri, en cuyos claustros estaban. Probablemen-

te pertenecieron á otro retablo como el de Tlaltelolco, compuesto segun la moda de aquel tiempo; y no es remoto que fueran de la antigua iglesia de los jesuitas en su casa profesa, y se hubieran quitado de allí cuando Tolsa hizo el nuevo altar mayor que hay ahora.

Pesado.

Pues á fe que la Vírgen de la adoracion de Reyes no cede á las otras. Y el niño que tiene en el regazo, y el Rey que le besa el pié son excelentes figuras. ¿Qué suavidad, qué empaste de carnes! ¡Qué buenos paños, tan ricos y tan bien plegados! Y luego ese colorido tan brillante y tan bien entendido.

Clavé.

Pero aquí, Sr. D. Joaquin, sí que es decidida la superioridad del otro cuadro que está á la derecha, el de la Oracion del Huerto. Confieso á vd. que no he encontrado en México figura más resignada, más celestial que la del Salvador orando; creo que el mismo Overbeck con gusto la prohijaria por suya. Es cosa notable encontrar cuadros como ese pintados aquí, ántes de la época en que Velázquez y Murillo florecian en España. Aquel del martirio de San Ponciano, comprado por nuestro D. Bernardo á un particular, muestra la habilidad de Echave en el desnudo. El torso del cuerpo del mártir, aunque en actitud violenta, y éste del sayon que figura en primer término con una tea en la mano, están modelados con pericia; pero noten vdes. aquella cara que asoma abajo, cerca del ángulo derecho del cuadro;

es un soldado que conversa con el que está vuelto de espaldas. Señores, la mano que pintó esa cara, de tanta verdad y tanto carácter, era una mano maestra.

Pesado.

No tenia yo de Baltasar de Echave, á quien apénas conocia de oidas, el concepto que estos cuadros me hacen formar. Lo reputo ahora uno de nuestros más aventajados artistas, y creo que en cualquier país donde hubiera existido, se habria hecho un distinguido lugar. ¿Quedan muchas pinturas suyas en México?

Couto.

No escasean, si bien debe cuidarse de no confundirlas con las del segundo pintor del mismo nombre que ántes mencioné. Del viejo he visto encima de la puerta grande del convento de San Francisco, un San Cristóbal colosal, pintado en 1601, y que por desgracia retocó en 1776 un José Mariano Albo, desconocido para mí: en los claustros de la Profesa, una gloria de San Ignacio, un martirio de las Vírgenes de Colonia, y el de San Apronio; aquel de 1610, y estos otros dos de 1612, cuadros de gran tamaño y ejecucion: en el del martirio de San Apronio son notables las figuras de dos cautivos cristianos y de algunos soldados que hay abajo: un San Francisco de Paula del tamaño natural, de 1625, en una de las piezas de la sacristía de la Colegiata de Guadalupe: en el claustro de Santo Domingo, el martirio de Santa Catarina pintado en 1640. En los corredores de abajo del primer patio de San Francisco, hay la vida del Santo, que un cronista de la Provincia menciona como *del*

pincel famoso de Baltasar de Echave;[30] y efectivamente alguno de los cuadros está firmado con su nombre. A primera vista yo los atribuia más bien al segundo Echave; pero como el texto del cronista, que debió ser contemporáneo de éste, parece referirse al viejo, habrá que decir, ó que la obra se trabajó originalmente con ménos cuidado que otras, ó que ha sufrido más por el desabrigo del lugar donde está, ó finalmente, que algun retocador puso en ella su mano indocta. En poder de particulares hay tambien pinturas de Echave, de que he visto algunas. Por último, si (como lo creo) son suyas una Santa Cecilia que hay en San Agustin, y una Sacra Familia en la Profesa, aunque no tienen su nombre, serán de las mejores obras de nuestra antigua escuela, por la graciosa invencion y la pureza de estilo que en ambas resplandecen. Santa Cecilia, con un rico vestido, está arrodillada mirando á los cielos; un ángel baja á ceñirle una corona de rosas blancas; otro gallardísimo ángel, al lado opuesto, le da música sentado delante de un órgano: arriba hay un rompimiento de gloria, en la cual se descubre una devota Vírgen con el niño en los brazos, puesto en pié y de frente. En la Sacra Familia está arriba el Eterno Padre. Abajo, en primer término, la Vírgen y San José, cuya figura es muy gentil, llevan por las manos al niño, vestido no con los pobres paños del hijo de un artesano, sino con magnífico ropaje, como un príncipe real. Su semblante, de una lindeza y expresion singulares, recuerda el cantar de Fr. Luis de Leon:

«Traspasas en beldad á los nacidos.»

Está mirando á lo alto, y fija sus ojos en la paloma blanca, símbolo del Espíritu Santo, que baja por los ai-